

NUMERO EXTRAOR.
DINARIO 20 CENTS.
AÑO VIGESIMO
NOVENO.

A B C

NUMERO EXTRAOR.
DINARIO 20 CENTS.
AÑO VIGESIMO
NOVENO.

PANORAMAS ESPAÑOLES

LAS ABISMADAS GARGANTAS DE EL CHORRO
EN LA PROVINCIA DE MALAGA

Dice el gran poeta antequerano Pedro Espinosa en un primoroso soneto dedicado al río Guadalhorce:

Honra del mar de España, ilustre río,
que con cintas de azándar y verbena
ciñes tu margen de claveles llena.

Y en verdad que es honra, no ya del mar, sino de la tierra de España, aquel río Guadalhorce, cuyo caudal plácido, remansado y sereno, se derrama generoso, como sangre de mártir, por las heridas que abren en sus márgenes los lancetazos de los riegos y cuya constante y pródiga transfusión acude a calmar la sed, curar la anemia, enriquecer el músculo y engendrar la vida en los predios circunvecinos. Su agua se escapa, en efecto, por las abiertas sangrías y teje sobre la tierra, con sutiles hilillos, un reluciente encaje de cristal, mientras los terruños heben hasta esponjarse de satisfacción, las plantas cloróticas se pintan de colores de salud y las márgenes agradecidas se adornan a su paso, según la descripción feliz legada por Espinosa, de azándar, de verbena y de claveles, como mozas ataviadas para la fiesta.

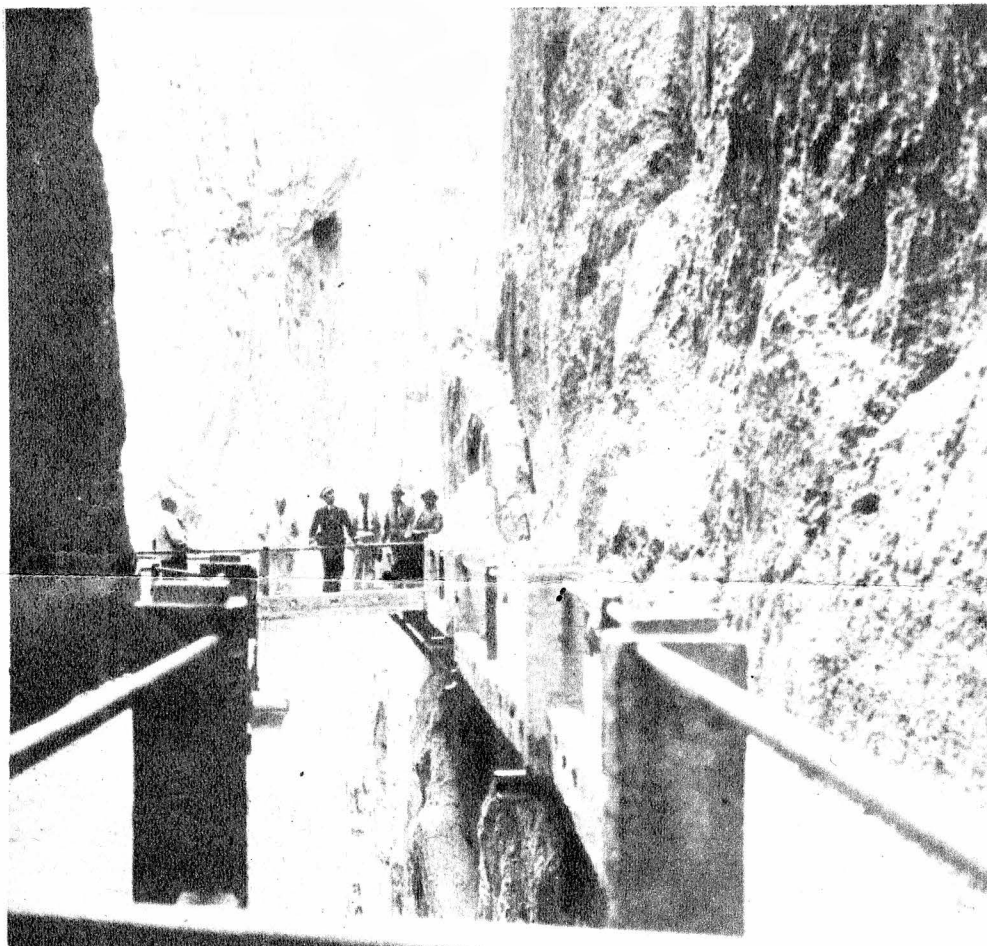
Ilustre río ciertamente el que es nada menos que arteria aorta de la magnífica vega antequerana.

Pero, bien convencido en su inexperiencia de que el mundo es un perpetuo paraíso, abandonó, sin apenas haber saboreado su paso triunfal, aquel lecho de flores, para lanzarse campo a traviesa, con ese ciego impulso que arrastra muchas veces en busca de lo mejor a quien ya se ha procurado la posesión de lo bueno.

Y no muy lejos, unas murallas rocosas, últimas graderías de la sierra de Abdalgís, envidiosas de sus recientes éxitos, airadas ante el espectáculo de su vanidad inconsciente y ganosas de aleccionar su guapeza pueril, se adelantaron gallardas, cogidas de la mano, y opusieron a su paso una barrera infranqueable.

¿Cómo se realizó el milagro? No acierta la inteligencia humana a explicárselo satisfactoriamente, pese a todas las acertadas hipótesis geológicas. Fué la débil mujer acabando con Pirro; fué David venciendo a Goliat; fué el pigmeo realizando una obra de ciclopes. Ello es lo cierto que el río, inocente, encalmado e inofensivo, se creció ante la lucha que le presentaban; recordó sus pasados tiempos de halagüeñas y nunca discutidas victorias; afiló las armas de sus gotas; convirtió su mansedumbre en impetuosidad; su caudal en ariete, su agua en acero, sus meandros en carros de combate, su fluidez en coraza, sus borbotones en dardos, su licor en alfanje, su jugo en jabalina, su suero en metralla y su linfa en mortero y acudió a la liza con el aliento de un hércules, la decisión de un temerario y el empuje de un conquistador, dispuesto a tajar, horadar, hendir, mutilar, despedazar, triturar, moler y destruir a su enemigo.

Y como se lo propuso lo hizo, de tal ma-



EL GIGANTE DE ROCA QUEDO VENCIDO, MALTRECHO Y PARTIDO EN DOS

nera que el gigante de roca quedó vencido, maltrecho y partido en dos por el minúsculo enano sin hueso ni fibra, aun cuando no por eso se salvara éste, su vencedor, de rendir a la postre sus vanidades en el Mediterráneo. En fin de cuentas, era un río como todos, y ya dijo Manrique de los ríos, como de los hombres,

que van a dar a la mar,
que es el morir.

Más tarde, el hombre quiso vencer del vencedor, y lo que no había conseguido la Naturaleza con sus fuerzas bravías, supo él alcanzarlo con su genio insuperable. Le sometió a la cárcel de una barrera artificial, más poderosa que las murallas naturales; le hizo hincharse como un hidrópico, en un embalse de nueve kilómetros de extensión por treinta y cinco metros de profundidad; tuvo la osadía de introducirse en su propio corazón para aprovechar su fuerza, albergado en uno de sus ventriculos, mientras las aguas saltaban

encima de él; no contento aún de su lo-grada empresa, volvió a encarcelarle más abajo y a producir otro encharcamiento de tres kilómetros, en el curso de su corriente; de allí lo arrancó esposado y lo condujo entre grillos de piedra y cadenas de cemento por caminos para él desconocidos; lo sepultó en las mazmorras de los túneles, lo colgó de alturas prodigiosas y lo precipitó, por último, al suicidio de un salto vertiginoso, en el que pagó juntas sus osadías y soberbias anteriores, para convertir su curso flácido en un manantial inextinguible de fuerza, de calor y de luz.

La Naturaleza, trastornada y dislocada así por la catapulta del río y subyugada y sometida después por la intimación de la ciencia, ofrece, en aquel pasmoso lugar, tan pronto panoramas de deliciosa suavidad y artificial belleza, como paisajes de áspera bravura y de grandioso salvajismo.

La travesía del pantano grande, recibiendo la caricia blanda y tónica de una brisa que se dijera marina, bajo el fuego de un